

---

## Poemas / Elisa DÃ-az Castelo

Perorata lenitivaÂ No pienses que soy otro  
RubÃ©n Bonifaz NuÃ±o

No pienses que soy otra,  
sigo siendo la misma y me quemo los dedos  
al voltear las tortillas en la estufa de siempre.  
Sigo sin saber dÃ³nde estÃ¡ el norte  
pero puedo llegar al Ã¡rbol que rompiÃ³ la banqueta  
en el sitio exacto donde me tomaste la mano  
por primera vez. No pienses que soy otra:  
todavÃ-a me da hambre y me muero de sueÃ±o,  
a veces me despierto a la mitad de la noche  
y oigo cambiar las luces de los semÃ¡foros,  
esos gigantes ganchudos que parpadean lento  
y ven la vida en rojo, en verde, en amarillo.  
No he cambiado tanto, todavÃ-a me duele  
estarme quieta, a todos lados quiero, siempre,  
irme. Algunas maÃ±anas se me olvida tu nombre.  
No paso un dÃ-a entero sin pensar en la muerte.  
En verdad, uno no cambia. Eso de reinventarse  
es un mito que venden los libros de autoayuda  
y los psicoanalistas. Sigo siendo la misma, lo aseguro:  
nunca quiero morir pero me gusta  
alimentar a los gatos de los cementerios  
y llevar flores a las tumbas de mis desconocidos.  
No me has cambiado tanto.  
Me encanta el granizo aunque mate las plantas.  
A veces me azuzan las ralas estrellas  
o no me deja dormir el ruido blanco de la luna  
y lloro con el desparpajo de los malos actores  
y me miro al espejo o me baÃ±o vestida.  
Sigo siendo la misma: exagero.  
No me has cambiado tanto, no te agobies.  
Aunque es un hecho que ya no recuerdo  
el nombre de tu perro y las cosas que hacÃ-amos  
en todas las tantas tardes. HablÃ¡bamos, lo juro,  
y si me esfuerzo puedo escuchar tu voz  
como a travÃ©s de un vidrio, como abajo del agua,  
pero no sÃ© decir quÃ© nos dijimos,  
ni cuÃ¡nto, ni ya cuÃ¡ntas tantas veces  
en la ciudad enorme nos perdimos.  
Sin embargo, soy la misma, sigo  
teniendo uÃ±as, mi estatura no cambia,  
me rÃ-o todavÃ-a llena de dientes.  
Es cierto que el mundo ha aprendido a quedarse  
mÃ¡s quieto, que duran menos las horas y se entierran  
como cajas de barro en el jardÃ-n oscuro:  
ya no podrÃ© encontrarlas.  
Mi cuerpo es casi el mismo,  
aunque no tengo ni una cÃ©lula en comÃ³n con entonces,  
me he quedado mis manos y mis lunares puestos.  
Aunque no pueda verlos, sÃ© bien  
que no migraron de mi cuerpo al tuyo.  
No te consueles pensando que he cambiado.  
Mi boca es una casa con la luz encendida  
y tÃº eres el niÃ±o que sin ser visto sale  
y cierra la puerta.

Â

En torno al corazÃ³n de una manzanaÂ

Camino con mi amiga por las calles del centro,

---

de una ciudad cuyo centro está fuera de sí mismo,  
desviado al sur y al este, en este caso, accidente  
que imagino común a todas las ciudades.

Camino con mi amiga por calles aledañas  
al Zócalo. Es de noche y los faroles  
iluminan apenas: las luces ralas  
enredan sus estambres amarillos.  
Todo, incluso nosotras,  
parece más antiguo, un recuerdo.

Ella saca de su bolsa una manzana  
y la come hasta su centro, una a una  
sus semillas. Yo también  
quisiera no dejar huella,  
incorporar todo sin remilgos,  
no desperdiciar nada, saber  
probarlo todo.

Deja dos semillas en mi palma.  
Sostengo en la boca  
esas llamas quietas  
y su perfume se expande: sabor  
a manzana tenue, alejada. Más que sabor,  
aroma, lo que llamamos esencia, algo  
que siempre estuvo lejos de sí mismo  
y aun así es el centro.  
No recuerdo por qué estábamos ahí - ni de dónde veníamos.  
No recuerdo la última vez que pronuncié su nombre.  
Solo nuestros pasos sobre la banqueta de esa noche,  
latidos que se cuentan en reversa. Solo  
la forma de sus uñas, la palma de su mano.  
No sé de qué habíamos y tal vez no importe:  
sus palabras entibiaban nuestra sombra.  
Este es, al fin y al cabo, el centro .  
Los instantes que recuerdo, tan pocos,  
que quizá fueron los márgenes y ahora son el eje,  
lo único que nos queda, la esencia,  
el sabor de las semillas en mi boca, el centro desviado  
y su mitad de la noche.

Â

Vampiros urbanos en peligro de extinción  
Â

La noche en la ciudad no alcanza  
para oscurecer la leche ni alivia  
el insomnio de las moscas.  
No existe la noche, vivimos  
en un sitio colindante, siempre  
a media hora de algún amanecer espurio:  
la luz sonambulaba de los automóviles  
cruza ventanas y cortinas, se desplaza  
sobre el piso de linóleo  
como una hueste de ratones blancos.

Adentro de mi cuerpo, se me desliza la sangre  
contra tanto músculo y tejido.  
El oxígeno, ese perro sin ojos,  
me atraviesa, hambreado, esponjando  
su furia por las calles brillantes  
de mis venas. Intuyo  
la soledad de los semáforos que cambian  
a media noche, cuando nadie los mira.  
El mundo es rojo, es verde o amarillo.

---

Nunca es noche la noche, nada es negro.  
Aquí- la madrugada más oscura es sólo  
un bocado de arena, un trago  
del semen gris de los demonios blandos.  
Hace tan poca noche que las flores germinan  
bajo los faroles y voltean sus cabezas  
destanteadas hacia los anuncios de neón.  
Hace tan poca noche  
que florecen las paredes blancas  
y siempre en cada cuadra sobra algún insomne.  
No se puede ser un vampiro en este sitio:  
su vigilia de azufre no se cuece,  
duele el calor tenue de los duraznos  
en la cesta de frutas y hace falta  
el nombre redondo de lo oscuro,  
su diámetro de decibeles  
que caben en la palma de la mano.

No existe la noche en este sitio,  
su filo romo de abrecartas.  
Es mejor quedarse dormido sin premura  
y no pensar en el vampiro urbano que ha perdido  
el paradigma oculto de su ecosistema.